

Cuentos que no son cuento

Laura Devetach

Ilustraciones de Roberto Cubillas



loqueleg





www.loqueleo.santillana.com



© 1986; 2004 (texto corregido), LAURA DEVETACH

© 2004, 2006, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4326-5

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones: ROBERTO CUBILLAS

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA



Devetach, Laura

Cuentos que no son cuento / Laura Devetach ; ilustrado por Roberto Cubillas. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

80 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4326-5

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Cubillas, Roberto, illus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 2.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARTES GRÁFICAS COLOR EFE, PASO 192, AVELLANEDA, PROVINCIA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.



Cuentos que no son cuento

Laura Devetach

Ilustraciones de Roberto Cubillas



loqueleo

¿CUENTOS QUE NO SON CUENTO?

Javier Villafañe decía que él era un ladrón porque vivía robándole cosas a la realidad. A mí me pasa lo mismo.

Todas estas historias las encontré en los diarios o en la vida cotidiana. Y las tomé sin más, para narrarlas, porque son cosas curiosas, tristes o graciosas y tienen mucho que ver con nuestro país aunque algunos hechos hayan sucedido en otros lugares.

Así que, con tu permiso, Javier, yo también voy a decir “soy una ladrona” y voy a seguir contando estos cuentos que no son cuento.

L. D.

SIXTO, EL DEL VIOLÍN



Esta historia podría ser la de muchos “musiqueros” argentinos. Yo quise contar la de Sixto Palavecino. Hay algunas verdades y algunos inventos. La historia nació de escuchar su violín, de oírlo cantar y de leer varios buenos reportajes de buenos periodistas. Con su permiso, don Sixto.



1. Aquí empieza

Sixto quería un violín. Lo quería y lo quería. Quería amaestrarlo, exprimirlo como a una naranja y hacerlo chorrear música. Todos los musiqueros de Santiago del Estero tocaban violines y guitarras y cantaban. Hablaban poco, pero cantaban.

Ahí nomás andaba el Abuelo, perdiendo los ojos por el horizonte y echando al viento sus cantos de más de cien años. Ahí estaba Padre, entre sus animales y sembraditos. Pero nunca faltaba el rato para tomar mate tranquilo y musiquear.

Madre era silenciosa y lejana. Casi sin que uno se diera cuenta, andaba todo el tiempo de aquí para

allá. No había pedazo del suelo barrido que no conociera sus pies. Preparaba el mate, horneaba el pan y escuchaba la música. Pero no la quería.

No era que no amara la música. Lo que no quería era la borrachera y las peleas que a veces se venían con la música.

—Ay, ay, ay —decían sus ojos—. Música y vino andan juntos. Después viene la desgracia.

Pero sus labios solamente le habían dicho a Sixto:

—Usted no se me hace músico. Usted no va a andar tomando y peleando por ahí.

Sixto no entendía. Él solamente quería un violín para tocar todo lo que sentía. No había vuelta que darle. Madre no tenía que negarse, no señor.



2. Aquí sigue

A lo mejor porque Sixto quería y quería un violín fue que le sacó a Madre una vieja tabla. Con un trabajo lleno de ingenio fue tallando, tallando. El violín nacía del corazón de una mesa de Madre. Curvas y volteretas salían del cuchillo. Astillitas con olor a monte viejo.



El violín se fue puliendo, conociendo las manos chicas y corajudas. Cuando Sixto le puso las cuerdas, el violín era un cachorro que empezaba a ronronear.

Con su cachorro temblando fue a mostrárselo a Madre. Pero ella puso cara de tormenta y su enojo subió como una columna de humo.

—¡Deme eso que lo quemo, hijo! ¡Usted no se me hace violinero...! Ya le dije.

Sixto vio que no había nada que hacerle. Con Madre era así, cuando había tormenta, había tormenta.

—¡Deje, Madre, yo lo quemo! —le dijo llorando sin ninguna vergüenza.

La casa, el montecito, el corral estaban como bajo un diluvio. El pago seco de Santiago se mo- jaba de lágrimas.

—Yo nomás lo quemo... —pidió.

Madre le dio el violín a Sixto para que lo matara.

Él se fue, al paso, con la majada. Se perdió en el monte como todos los días. Llevaba a las ovejas a comer entre los chañares.

Cuando volvió, le dijo a Madre que el violín ya estaba quemado. Y madre le pasó levemente una mano por el pelo. Una mano que parecía un pajarito.



3. Aquí sigue siguiendo

De mañanita, Sixto enfilaba para el lado del monte con algunas cabras y las ovejas. Eran suaves y cariñosas, caminaban dando topetazos. A veces le ponían el morro en las pantorrillas, lo miraban hondo y compartían sus secretos.

Pronto la majada aprendió a detenerse junto al árbol hueco. Sixto se asomaba al pozo de madera que tenía el tronco. Un hueco lleno de años y de vientos. Sacaba el violín que el árbol, buen compinche, escondía para él.

Las ovejas, discretas, comían sin molestar mientras Sixto encontraba en su violín el canto de las chicharras, el compás de las patitas de millones de hormigas, el chisporroteo de los palitos secos, todo el ruido de Santiago del Estero en el canto de un pájaro peleador.

El violín se fue puliendo, se puso oscuro, maduró como las naranjas a medida que Sixto aprendía, improvisaba, cantaba. De día, cantaba. De noche el violín reposaba en el hueco del quebracho.



4. Aquí se acaba

Dos años es buen tiempo para que violín y violinero sean una sola cosa.

Por eso un día Sixto se llevó el violín de vuelta a casa. No veía la hora de que todos supieran que sabía tocar.

Aquella tardecita el mate daba vueltas, de mano en mano. Toda la familia compartía pocas palabras mientras el sol se metía detrás del monte.

Sixto encerró las cabras en el corral. Escondido, empezó a tocar una chacarera y se detuvo.

Los hermanos escucharon alertas, como escucha el teruteru. Y después gritaron en voz baja:

—¿Oíste?

—¡La Salamanca!

Y empezaron a imaginarse esas cosas que dan miedo en las soledades del campo: que el diablo y las brujas andaban tentando a la gente con su música misteriosa.

Se hizo el silencio, porque cuando la Salamanca andaba cerca no era cuestión de hablar mucho.

Sixto tocó de nuevo, con menos miedo. La chacarera se metió entre la gente que apenas respiraba,